



# África, economía y comunicación: de una marginación a otra

Andrés Cañizález

Cotidianas imágenes de guerra, hambre, enfermedad y muerte copan las pantallas televisivas y los servicios noticiosos internacionales cuando se trata de África, de la «África negra» comprendida por los países al sur del Sahara y el norte de Suráfrica. Antes fue Rwanda, luego Burundi, y en este 1996 Liberia; cada cierto tiempo otro «enfrentamiento tribal» explota para llenar de sangre los titulares alrededor del mundo, para confirmar lo poco que conocemos de esos países, para reiterarnos que pobreza, exclusión y conflictos van de la mano.

Aun cuando el debate Norte-Sur perdió fuerza dentro de la agenda globalizada de los '90, una somera mirada a la región africana reconfirma la necesidad de rescatar la discusión sobre los modelos de desarrollo económico, en relación con la creciente marginación que viven un conjunto de países, los cuales hasta resultaron «borrados» de recientes mapas del Banco Mundial, que intentan graficar los niveles de crecimiento regional.

## EN LA LÍNEA... DE LA POBREZA

Buena parte de los actuales gobiernos africanos prosiguen los lineamientos que en materia económica emanan del Fondo Monetario Internacional (FMI). Sin embargo, los resultados globales siguen estan-

do en desventaja en relación a otras regiones. A fines del año pasado el Instituto de Investigación Económica de Munich aseveró que «África sigue siendo el asilo de los pobres del mundo», al tiempo que registraba que dicha tendencia se produjo en 23 años (1970-93) cuando «la producción económica mundial creció siete veces» (Cable de la agencia DPA, 17-12-95), sólo que el 80 por ciento de la misma se concentraba en una veintena de países industrializados.

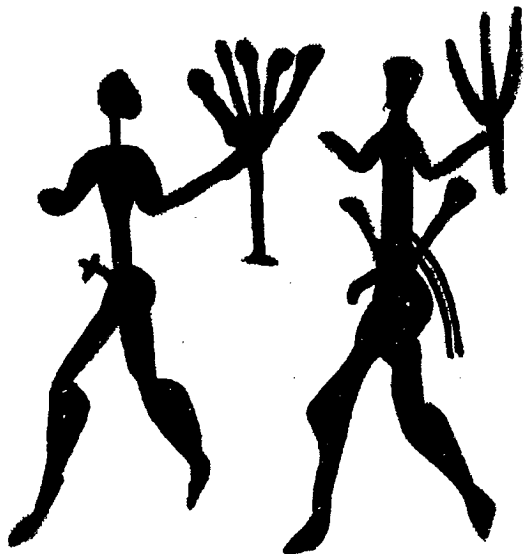
En este desbalance globalizado, las cosas no tendieron a mejorar para los países más pobres, pese al sostenimiento de políticas comerciales liberadas, pues el precio de las materias primas (principal fuente de sus divisas) tuvo marcado descenso a lo largo de las dos últimas décadas, y únicamente en el lapso «1992-93 las materias primas de África bajaron un 27 por ciento de su valor, cuando en 1984-85 habían descendido ya un 25 por ciento» (Charlín, 1996, p.26).

De acuerdo con el informe anual de la Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), «el panorama continúa siendo sombrío para los países menos desarrollados» (están incluidos todos los de «África negra», algunos asiáticos y Haití), pues si bien en 1970 lograron que su participación en el comercio mundial representara un 1,7 por ciento del mismo, 24 años después sus exportaciones sólo cons-

tituyen el 0,4 por ciento de las exportaciones mundiales y tienen el 0,7 por ciento de las importaciones del planeta (Cable de la agencia DPA, 16-04-96).

Lo anterior refleja la situación de marginación absoluta para esas naciones dentro del marco de la economía globalizada, cuya tendencia más explícita ha sido su concentración en áreas estratégicas (Norteamérica, Europa occidental, Japón y «tigres asiáticos»). «A nivel global las naciones africanas se enfrentan a la amenaza del aislamiento económico, con el surgimiento de bloques económicos regionales en diversas partes del mundo, África corre el riesgo de quedar aislada en la emergente configuración económica mundial» (Obasanjo, 1994, p.150).

Esta crisis económica de África «puede ser explicada a partir de la naturaleza de las mismas economías africanas. Primero, son economías basadas en la producción de materias primas. Segundo, estas producciones tienden a abarcar principalmente uno o dos productos, según las exigencias de los mercados externos. Tercero, los productos -en general minerales como cobre, diamante industrial y de joyería, hierro, carbón estaño, cobalto, fosfato, oro, níquel, etc., y café, cacahuete, té, caucho, ciertas frutas, etc., entre las materias agrícolas-, tienen como mercado el primer mundo» (Massimango C.K., 1992, p.168).



La conjunción de estos aspectos, según el politólogo zairense, provoca que «se descuide la producción de bienes para los mercados internos; lo que conduce a muchos países a depender de la producción extranjera para alimentar a sus pueblos con los mismos productos (frijol, arroz, maíz, azúcar, etc.) que hace tres décadas producían en cantidad suficiente y creciente». Dicha reorientación económica externa debe ser entendida dentro del proceso de descolonización vivida en la década de los 60 por la mayoría de naciones africanas.

Sin embargo los capitales foráneos no llegan por ninguna vía: la inversión extranjera directa en todo el continente sumó 2.400 millones de dólares en 1982, pero cinco años después descendió a 800 millones, de los cuales el 80 por ciento se concentraba en Egipto y Nigeria (Obasanjo, 1994, p.150). Mientras tanto, la ayuda oficial al desarrollo de los países industrializados (Cable de la agencia DPA, 12.03.96) disminuía a sus niveles históricos en 1995 al representar únicamente el 0,3 por ciento de su Producto Interno Bruto (PIB), según el Banco Mundial.

La cifra, es bastante distante del 0,7 del PIB prometido por la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), que reúne a una veintena de naciones industrializadas, ante Naciones Unidas (Cable de la agencia IPS, 04.05.1995). Otro aspecto a veces obviado, es que en

algunos casos, como el de España, la ayuda al desarrollo está condicionada, según la revista *Pueblos del Tercer Mundo* (Madrid, marzo de 1996) en un «85 por ciento a cambio de la compra de bienes de empresas españolas».

### Y LA BRECHA

La marginación africana, en el plano económico, no es un hecho aislado, está inscrita en el marco de relaciones históricamente desiguales Norte-Sur, diferencias que teóricamente se borrarían con el fin del conflicto Este-Oeste, para dar paso a un mundo globalizado, democrático e igualitario.

Lo cierto de la actual coyuntura es que la brecha sigue allí, igual que antes del derrumbe del Muro de Berlín: «La quinta parte más rica del mundo tiene unos ingresos 150 veces mayores que la quinta parte más pobre. En los países ricos vive sólo una cuarta parte de la población mundial pero consumen el 70 por ciento de la energía, el 75 por ciento de los metales, el 85 por ciento de la madera y el 60 por ciento de los alimentos» (Charlín, 1996, p.24).

«La concentración y centralización del poder económico, político, tecnológico, informativo, no ha tenido paralelo en la historia, ni en la época colonial ni en los grandes imperios» (Gorostiaga, 1995, p.118); si bien desde América Latina puede verse con alguna esperanza (por parte de ciertos países) el proceso globalizador, por las posibilidades de incorporación, para África se descarta tal opción, y desde las metrópolis desarrolladas el «continente negro» sólo es motivo de preocupación cuando se evidencia un conflicto o por los flujos migratorios; y mientras que por la hambruna se pide ayuda urgente para países como Liberia, Rwanda, Etiopía, Somalia, Sierra Leona, Sudán y Angola, un tercio de la producción de granos de todo el mundo (Charlín, 1996, p.26) se usa en el engorde de ganado en la Unión Europea y un millón de toneladas de leche en polvo se emplea para igual fin.

### PODER COMUNICACIONAL Y MARGINACIÓN

«La atención de la prensa es como un haz de luz que ilumina el lugar donde se concentra pero deja todo lo demás en la oscuridad. En Angola, donde una misión de las Naciones Unidas está trabajando en favor de la reconciliación, ha muerto más gente que en todas las operaciones actualmente en curso a lo largo y ancho del mundo. Pero la opinión pública sabe muy poco acerca de lo que sucede en Angola» (Diario *El Globo*, Caracas, 11.02.96). Esta percepción del secretario general de la ONU, Boutros-Ghali, acerca de los medios informativos internacionales, nos otorga pistas sobre la efectiva marginación comunicacional que pesa sobre los países africanos. Durante años, cuando el choque Este-Oeste irradiaba al conflicto angolés, éste país fue noticia internacional, ahora pese a las muertes (sin ningún enfrentamiento espectacular para una transmisión en vivo) ha desaparecido de la escena informativa.

Tal situación nos remite, ya en el plano de la comunicación, al debate Norte-Sur de los '70 e inicios de los '80, sobre el orden informativo internacional y la necesidad de revisar valores que a lo largo de décadas condicionaron y condicionan nuestras miradas sobre países y conflictos.

De nuevo en el plano de lo comunicacional nos enfrentamos a una situación de marginación e injusticia, no resuelta en el marco de la globalización, pese a que hace poco más de una década países industrializados adjudicaron el debate de entonces a razones político-ideológicas, precisamente enmarcadas en la Guerra Fría.

Aspectos como la parcialidad (el presentar sólo una cara) y el desequilibrio (los medios del Norte son los que informan) prosiguen dramáticamente intactos en la realidad comunicacional de la región del «África negra».

La situación evidenciada en 1978 (Bisbal, 1982, p.21), en la cual las «cuatro grandes» (las agencias noticiosas Reuters, AFP, UPI y AP) con-



trolaban el 99 por ciento del flujo de la información internacional no ha variado de forma sustancial sino por razones «de mercado» como la quiebra de UPI y el reforzamiento de otras, igualmente del Norte, como EFE (en «Iberoamérica») y DPA y ANSA, al tiempo que en la última década se produjo el desmoronamiento de los proyectos alternativos alentados desde los ya lejanos '70.

«En los países del Sur están virtualmente desapareciendo las agencias nacionales de noticias debido a la situación de sus gobiernos respecto al Norte desarrollado», apuntaba a inicios de 1996 el director de Inter Press Service (IPS), Roberto Savio, ya que «se ha entrado en un proceso de condicionamiento de las relaciones internacionales, dentro del cual los gobiernos han ido buscando eliminar todos los elementos de fractura, entre ellos la información, las leyes, la protección del medio ambiente y la seguridad nacional» (Semanao Granma Internacional, La Habana, 28-02-96). Siendo Savio un «experto» en la materia -IPS contó en su momento con acuerdos de cooperación con decenas de agencias nacionales de información en su condición de «agencia informativa del tercer mundo»-, debemos entonces tomar por cierta su apreciación, lo cual nos coloca ante una situación peor aún en la actualidad: No se superó la marginación comunicacional denunciada con insistencia hace décadas, mientras que ahora desde las esferas de poder de los marginados tampoco se toman acciones en estos neoliberales y globalizados años '90.

El aporte de Savio en la comprensión de las actuales relaciones internacionales, con su vertiente comunicacional, debe ser ubicada en un contexto amplio, en donde no sólo aparece el tema de la democratización de las comunicaciones, sino también el soporte tecnológico y su uso, como ha recalcado Herbert Schiller, «en el mundo hay un sistema corporativo multinacional en materia cultural. El sistema, el modelo de Estados Unidos, está siendo trasladado a todo el mundo. Desregulación y privatización es el nombre que se le da al avance sobre el mundo de este sistema transnacional. El sistema propone mejorar la tecnología como panacea, como solución. El problema no es la tecnología sino cómo se utiliza, para qué y quién se beneficia con la tecnología» (Horvath, 1990, p.90). Es claro que los países africanos, con la situación económica antes descrita, no tienen acceso pleno a la tecnología comunicacional, y así al igual que antes, en América Latina por ejemplo, nuestra visión de África se tiene regularmente bajo el prisma de los medios del Norte, si antes eran Reuters o AP, ahora es CNN, y en vivo.

«El hambre africana se exhibe como una catástrofe natural y las guerras africanas no enfrentan etnias, pueblos o regiones, sino tribus, y no son más que cosas de negros. Las imágenes del hambre jamás aluden, ni siquiera de paso, al saqueo colonial. Jamás se menciona la responsabilidad de las potencias occidentales que ayer desangraron al África a través de la trata de esclavos y el monocultivo obligatorio, y hoy perpetúan la hemorragia pagando salarios enanos y precios de ruina. Lo mismo ocurre con las imágenes de las guerras: siempre el mismo silencio sobre la herencia colonial, siempre la misma impunidad para los inventores de fronteras falsas, que han desgarrado a África en más de 50 pedazos, y para los traficantes de la muerte, que desde el norte venden las armas para que el sur haga las guerras» (Galeano, 1995, p.4).

Esta resumida apreciación del periodista uruguayo en la relación de

África con los medios informativos del Norte, no es por cierto nueva. Las imágenes que hoy podemos ver en vivo desde Liberia por CNN, años atrás fueron retratadas por cámaras fotográficas y teletipos de las agencias principales, las «cuatro grandes» que ya mencionáramos.

Antes y ahora dichas informaciones están parcializadas, distorsionan al África pues sólo nos presentan una cara (la de la violencia, la de las «guerras tribales», la del SIDA), esta marginación comunicacional tiene estrechos lazos con la economía: «El conflicto entre Norte y Sur por la diseminación de noticias es más intratable que ningún otro debate contemporáneo por la injusta distribución de la riqueza... el público de masas del mundo industrializado ha llegado a quedar condicionado por un concepto del mundo no industrializado que es, en sí mismo, explotador, condescendiente y deformado...» (Smith, 1980, p.13). En una especie de cadena autoalimentada, este autor norteamericano, nos presenta una situación indetenible (con las reglas del mercado) pues la presión de los consumidores de información está orientada hacia las imágenes ya distorsionadas que recibió del Tercer Mundo, lo cual conlleva a que los medios informativos de los países del Norte luchan por satisfacer tales demandas con mayor violencia, sangre y guerras, teniendo al África, en especial, como adecuada telón de fondo.

Con este panorama, es válida aún la propuesta de que los países africanos, por ejemplo, deberían tener a su alcance medios de comunicación con suficiente desarrollo tecnológico que les permitan ofrecer una imagen más cercana a su realidad, a su vivencia y cultura. Esa justificada razón, cuyo debate en el seno de la UNESCO —entre otros factores— contribuyó a la salida de Estados Unidos de este foro de Naciones Unidas, fue la que motivó a que en ese país se promoviera la creación de la agencia AP en las primeras décadas de este siglo cuando se detectó que la firma inglesa no informaba adecuadamente: «Así, la Reuters decidió qué noticias

habían de enviarse desde Estados Unidos. Habló al mundo de los indios en pie de guerra en el Oeste, de linchamientos en el sur y de crímenes extraños en el Norte. Durante décadas, se dijo que nada se había enviado que diera crédito a los Estados Unidos» (Smith, 1980, p.98).

### INFORMACIÓN, DESDE DÓNDE Y PARA QUIÉN

«Por supuesto, nadie supone que los medios de comunicación sean causas de desarrollo, subdesarrollo o superdesarrollo. Las causas profundas se encuentran en algún otro punto de nuestras estructuras y culturas. Pero, es tarea de los medios de comunicación mediar entre la estructura profunda y la cultura, la realidad de los acontecimientos y la imagen superficial de las noticias» (Galtung, 1995, p.73). Aunque los medios de los países desarrollados no están directamente relacionados con las causas de la marginación económica, si tienen mucho que decir en el ámbito de la exclusión comunicacional, pues como demostró una investigación en España (Buisef, 1994, p.14) las noticias del Tercer Mundo «dependen de acontecimientos en los que son relevantes la violencia, las muertes, las tragedias, los seísmos y, con especial atención, las relaciones con España». En el estudio que abarcó a los diarios *La Vanguardia* (Barcelona) y *El País* (Madrid), se constató que en el caso de dos países norafricanos, Marruecos y Argelia, «mientras no estén a sangre y fuego, no se merecen el honor de estar diariamente en compañía de los más fuertes» (Estados Unidos, Comunidad Europea); para el autor, la «desigualdad informativa Norte-Sur» está producida en los medios «occidentales», «por deficiencia, por olvido, por negligencia, por ignorancia, por interés, por irresponsabilidad. Para algunos consciente, para otros inconsciente».

Cualquiera de esas causas podría achacarse a la falta de contexto que prevaleció cuando se informó de la masacre entre tutsis y hutus en Rwanda (1994) y Burundi (1995)

con más de un millón de personas muertas, sin una sola referencia a los desmembramientos, unificaciones y separaciones que entre ambos países se dieron por el dominio colonial de Alemania y Bélgica, que además de dividir geográficamente esos territorios promovieron los choques interétnicos como una manera de prolongar su dominio (Instituto del Tercer Mundo, 1992, p.519). Poco igualmente se comentaba, en abril y mayo de 1996, del papel histórico de Estados Unidos en los enfrentamientos dentro de Liberia, cuyos 111.000 kilómetros cuadrados fueron comprados por Washington en 1847 para los esclavos negros (Igartua, 1996, p.32), como parte de una trama política que conduciría a la abolición de la esclavitud en 1865; sin embargo, la llegada de 20.000 ex-esclavos significó un régimen feudal para los nativos del territorio, originalmente perteneciente a Sierra Leona.

La persistente marginación económica y comunicacional de África, y del Tercer Mundo en general, se reproduce en la presente década globalizada dentro de lo que el peruano Rafael Roncagliolo ha denominado «el nuevo, nuevo orden»: La verdad es que en los años 70 planteábamos el Nuevo Orden Económico Internacional como una relación más equilibrada y con su correlato, el Nuevo Orden Internacional de la Comunicación y la Comunicación. Ninguno de esos órdenes con los que soñábamos fue realizado. Pero sí hay nuevos órdenes. Evidentemente hay un nuevo orden de la economía, que es la economía global, y evidentemente hay un nuevo orden de la información, que es el orden de la información global (Horvath, 1995, p.123).

Pero ante este panorama globalizado y desigual, el presidente del Instituto para América Latina (IPAL) aún rescata «ciertos ideales» de hace dos décadas, «exigiéndole consecuencia liberal al liberalismo. Porque el problema central es que lo que estamos reclamando, son las libertades que —para citar a Orwell— en este ‘nuevo, nuevo orden mundial’ se expresan como en ‘Animal farm’:



todos los animales son iguales, pero algunos más iguales que otros».

### BIBLIOGRAFÍA

- Bisbal, Marcelino (1982). «Geopolítica de las agencias informativas transnacionales». En: *Comunicación*. Nro.39. Centro Gumilla, Caracas, septiembre.
- Buisef, Dris (1994). «Medios de comunicación y visiones del Magreb». En: *Voces y Cultura*. Nro.6. Voces y Cultura, Barcelona, I semestre.
- Charlin, J.M.P (1996). «Un mundo rico a costa de una humanidad que se empobrece». En: *Vida Nueva*. Editorial PPC, Madrid, 2 de marzo.
- Galeano, Eduardo (1995). «Apuntes sobre los medios de comunicación». En: *CRIE* (Documentos). Nro. 128. Centro Regional de Informaciones Ecueménicas, México, noviembre.
- Galtung, Johan (1995). «Los medios de comunicación mundiales: bienestar y desarrollo». En: *Voces y Cultura*. Nro. 8. Voces y Cultura, Barcelona, II Semestre.
- Gorostiaga, Xabier (1995). «Entre la crisis de la revolución neoliberal y la emergencia de la globalización desde abajo». En: *Revista SIC*. Nro.573. Centro Gumilla, Caracas, abril.
- Horvath, Ricardo (1990). «Moderna tecnología y desigualdad social». En: *Voces y Cultura*. Nro. 1. Voces y Cultura, Barcelona, I semestre.
- \_\_\_\_\_ (1995) «Pobres y ricos en la aldea global», en *Voces y Cultura*. Nro. 7. Voces y Cultura, Barcelona, I semestre.
- Igartua, Ignacio (1996). «Otro capítulo en la tragedia de África». En: *Vida Nueva*. Editorial PPC. Madrid, 20 de abril.
- Instituto del Tercer Mundo (1992). *Guía del Mundo*. Instituto del Tercer Mundo, Montevideo.
- Massimango C.K. (1992). «El África subsahariana y el nuevo contexto mundial». En: *Nueva Sociedad*. Nro.119. Editorial Nueva Sociedad, Caracas, mayo-junio.
- Obasango, Olusegun (1994). «África en el siglo XXI», en *Diálogo y Seguridad*. Nro.1. Comisión Suramericana de Paz y Nueva Sociedad, Caracas, diciembre.
- Smith, Anthony (1980). *La geopolítica de la información*. Fondo de Cultura Económica, México.